

Sexo colectivo

De la miseria a la abundancia sexual



Nai Pai

Traducido y editado por

Distribuidora Peligrosidad Social

distribuidorapeligrosidadsocial.wordpress.com
distribuidorapeligrosidadsocial@riseup.net

¡Copia y difunde!



Este fanzine fue editado en julio de 2012 por la editorial catalana Difon la Idea y por el colectivo catalán de liberación sexual Brot Bord en su lengua vernácula. Por considerarlo interesante más allá de las fronteras lingüísticas de catalán, lo hemos traducido para su difusión fuera de este ámbito. Sirva de aporte para superar un poco más los mil muros que ante la sexualidad tenemos cada persona criada en civilización.

Distribuidora Peligrosidad Social. Madrid, Castilla, noviembre de 2013.

Sexo colectivo

De la miseria a la abundancia sexual

No es ningún misterio, vivimos en un estado de escasez sexual. En este ambiente enrarecido las relaciones sexuales son reguladas por normas de origen patriarcal que determinan y restringen dónde, cuándo, cómo y con quién podemos tenerlas. Esta normativa no está escrita en ningún lugar, forma parte de nuestro subconsciente colectivo como única idea aceptable – y a menudo, la única idea conocida – de relaciones sexuales; es, por tanto, una construcción ideológica.

Para desmontar esta normativa, comenzaré por transcribirla toscamente y resumida, dividiéndola en tres principales modelos.

El primer modelo normativo, que denomino "juvenil", se desarrolla a partir de la adolescencia (la normativa nos dice que antes no existe la sexualidad). Aquí las relaciones sexuales se establecen en un marco de ocio nocturno y en estado desinhibido a través del consumo de sustancias psicoactivas, especialmente el alcohol. Las relaciones se establecen entre personas de la misma edad, nacionalidad y estrato social. Dependiendo del tipo de ambiente nocturno, se establecen únicamente entre personas del mismo sexo o de diferente sexo. En cuanto se establece la relación se procede a buscar un espacio privado (*picadero*) donde reproducir prácticas sexuales basadas en la pornografía (único referente sexual existente, pensado fundamentalmente para el placer de los hombres), el coito por encima de todo (cuando hablamos de sexo, estamos hablando de follar, y por follar entendemos penetración; así pues, si no hay coito, no ha habido sexo). Se trata de una sexualidad muy genitocéntrica (de aquí viene la generalizada y reduccionista identificación con la opción homosexual o heterosexual dependiendo principalmente del deseo ante unos y otros genitales) donde el máximo objetivo es lograr el

orgasmo. Las relaciones pueden extenderse en el tiempo o caducar pasada la primera noche; incluso pueden intercalarse entre varias parejas, la regla fundamental es que han de ser entre dos únicas personas al mismo tiempo.

Durante la juventud se tolera cierta frecuencia en el cambio de pareja sexual (muy especialmente en el caso de los chicos), pero a partir de cierta edad (en torno a los 30) se procede a establecer relaciones exclusivas de muy larga duración, dejando como única alternativa sexual al adulterio. Éste sería el segundo modelo normativo que denomino “monógamo”; es igual que el juvenil, pero con una exclusividad sexual más estricta y alargada.

Por último, tenemos el modelo “virtual”: con la proliferación de las nuevas tecnologías, aparecen nuevas formas de establecer relaciones, basadas en la interacción pornográfica virtual. Es también a través de medios virtuales que se establece un nuevo mercado donde los individuos se prostituyen (en latín, *prostituere*, significa colocarse a la vista de los otros, exhibirse) y se conocen con tal de establecer relaciones dentro del marco normativo monógamo y juvenil.

Fuera de los espacios, momentos, formas e individuos adecuados según la normativa, seguimos sintiendo impulsos sexuales que hemos aprendido a reprimirnos desde bien pequeñas. Esta represión se encuentra en el origen de la escasez sexual. Si bien desde la denominada “revolución sexual” que se inicia en la segunda mitad del siglo XX se ha aplacado buena parte de la represión y miseria sexual más extrema producto de la moral cristiana, seguimos bien lejos de un pleno “estado del bienestar” sexual.

Un buen ejemplo de la actual pobreza la encontramos cada vez que salimos de fiesta con ganas de encontrar rollo, y acabamos volviendo solas a casa a altas horas de la mañana. Llegamos a nuestras camas, aisladas en espacio, pero unidas en el momento, y nos masturbamos buscando en el organismo solitario un sórdido consuelo en nuestra indigencia sexual, fruto del frustrado anhelo de compartir nuestra sexualidad. El auténtico problema es nuestra incapacidad de imaginar y realizar otras formas de compartirla más allá del modelo juvenil, monógamo o virtual. Así pues, la principal solución que se me ocurre es crear contextos sociales donde la sexualidad se pueda compartir abierta y libremente sin tener que someterse a los modelos normativos; estamos hablando del “sexo colectivo”, también conocido como “orgía”. Utilizo el primer término ya que “orgía” tiene ciertas connotaciones vinculadas al vicio, el desenfreno y hedonismo incontrolado. Por eso considero interesante utilizar un nuevo término y así deshacernos de los prejuicios que arrastra el término orgía,

construyéndonos una nueva idea, más y rica y compleja sobre todo lo que puede llegar a significar.

Entiendo que el sexo colectivo se puede hacer y sentir tan erótico, sensual, íntimo y tierno como el sexo entre dos personas, rompiendo con la concepción tradicional de orgía o bacanal. En el sexo colectivo también puede haber un afecto profundo, no tiene por qué ser únicamente sinónimo de superficialidad y libertinaje.

A continuación expongo cuatro puntos básicos en defensa del sexo colectivo:

1. Potenciar todos los sentidos

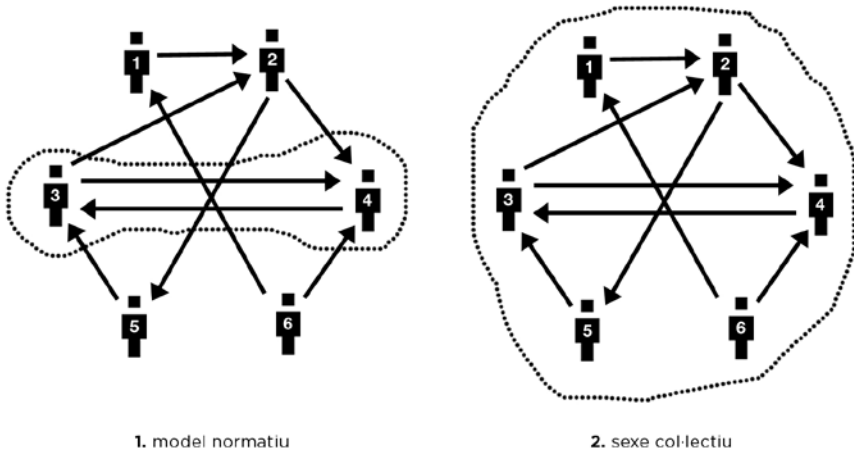
En nuestra cultura, la vista es el sentido hegemónico de la sexualidad, comenzando por el desmesurado consumo de pornografía donde la vista es el único sentido en juego, fomentando unos estímulos artificiales, irrepetibles en el mundo real.

Generalmente nos aparejamos únicamente a partir de la atracción visual mutua, ignorando los otros sentidos, ya que los espacios donde nos aparejamos (como las discotecas) tampoco nos permiten experimentar los otros. No querría menospreciar la vista, pero sí que creo que la tendríamos que equilibrar con los otros sentidos, especialmente con el tacto, gran protagonista en la generación de placer sexual. El sexo colectivo es un espacio que nos invita a explorar y disfrutar del contacto físico y otros sentidos al margen del grado de atracción visual. Es así que podemos descubrir sentirnos atraídas por el tacto, el olor o la voz de alguien pese a no nos atraiga visualmente, ampliando nuestra idea de sexualidad y, consecuentemente, nuestras posibilidades de disfrutar y compartirlo con un umbral mucho más amplio de personas.

2. Abundancia sexual

El deseo sexual mutuo entre dos únicas personas puede ser genital, pero también hace falta decir que es raro y difícil de encontrar, y aún más si nuestro deseo se basa únicamente en la atracción visual. Por eso es tan complicado establecer relaciones sexuales en el mundo en el que vivimos. Afortunadamente, el sexo colectivo no precisa que el deseo sea mutuo, y eso hace posible que las relaciones se multipliquen exponencialmente. Me

explico: escogemos un grupo de 6 personas al azar e intentamos aparejarlas según los modelos normativos. Es bastante difícil que se den atracciones mutuas y, en todo caso, seguro que queda gente excluida sin ser correspondida. Pero en cambio sí que es muy probable que todo el mundo se sienta atraído por al menos otra persona del mismo grupo. En el sexo colectivo ya no es necesaria la atracción mutua para que la relación tenga lugar, basta con que cada cual sienta deseo por algún otro. Así se pueden dar relaciones sexuales entre personas que en los modelos normativos basados exclusivamente en la atracción mutua serían imposibles. De hecho, ni tan solo es necesario sentir deseo por alguien del grupo para participar, basta con querer sentir placer, poniendo tu cuerpo a disposición de quien quiera darlo.



En el gráfico, las flechas indican la dirección de la atracción sexual de unos individuos ante otros. En el modelo normativo vemos que en un grupo de 6 individuos se daría una sola relación sexual entre dos de ellos (el 3 y el 4, los únicos que comparten atracción sexual mutua), mientras que en el sexo colectivo nadie se quedaría excluido de tener relaciones sexuales.

3. Ampliación y enriquecimiento de nuestra sexualidad

En el sexo colectivo se multiplican las posibilidades de prácticas sexuales por las personas que participan en él, es un espacio donde descubrir y disfrutar

nuestras parafilias¹ sin complejos – pese a que siguen siendo consideradas patológicas por el DMS-IV (Manual diagnóstico estadístico de los trastornos mentales), como ahora: el exhibicionismo y el voyeurismo, los fetichismos, el BDSM (sado-masochismo), el travestismo, la doble penetración o penetración en cadena... ¡Imaginación al poder!

4. Cohesión social

El intenso y breve placer del orgasmo da paso a una persistente sensación de calidez producida en gran parte por una hormona denominada oxitocina. La oxitocina es una hormona que el cerebro libera a la corriente sanguínea cuando se recibe estimulación genital y, en el caso de las mujeres, también durante la lactancia y en el momento del parto (por lo que se considera muy importante para el desarrollo del vínculo maternofamiliar). Tiene la capacidad de inducir un efecto general de bienestar al contrarrestar las hormonas del estrés (adrenalina y cortisol) y se asocia con la conducta maternal y paternal y el fomento de la confianza, la generosidad, la afectividad y la ternura entre las personal.

Varios experimentos realizados en la universidad de la Zúrich demuestran que, en un juego de la cooperación, los participantes que habían utilizado un inhalador nasal de oxitocina confiaban más en los desconocidos que los que habían inhalado un placebo. Los participantes del grupo que había inhalado oxitocina siguieron mostrando más confianza incluso después de haber sido “traicionados” por algunos jugadores. Curiosamente, los sujetos a quienes se les dijo que estaban interactuando con un ordenador no mostraron esta reacción, conduciendo a la conclusión de que el efecto de la oxitocina en la confianza no se debe simplemente a un aumento indiscriminado de la tendencia a asumir riesgos, sino a un aumento de la tendencia a asumir riesgos sociales que puedan surgir en las interacciones interpersonales. También se comprobó que la oxitocina reduce el miedo inhibiendo esas partes del cerebro que se piensa que son responsables del sentimiento del miedo. En otro estudio se observó que la administración de oxitocina mejoraba la capacidad de los sujetos por deducir correctamente el estado de ánimo de otra persona a partir de una fotografía donde sólo se le veían los ojos.

A partir de estos estudios, muchos investigadores tienen la manía de

¹ **Parafilia:** Modalidad de comportamiento sexual en la que la realización o la imaginación, repetida o exclusiva, de determinadas prácticas, consideradas inusuales o extravagantes, es indispensable para lograr la excitación sexual

relacionar la oxitocina con el fomento de la monogamia y... tienen razón, ¡pero sólo en nuestro contexto social! Cuando una pareja sexualmente activa mantiene exclusividad sexual, sólo libera oxitocina en compañía de la pareja, y es lógico que en este caso la oxitocina ayude a establecer una relación monógama de larga duración, promoviendo periódicamente la confianza, el afecto y la generosidad para que eso sea posible. Pero eso no significa que no haya otras formas de liberar oxitocina – ¡como por ejemplo a través del sexo colectivo! - con tal de promover otros modelos afectivo-sexuales.

Desde que vivimos en una cultura monógama, la liberación regular de oxitocina en las relaciones se ve muy restringida al ámbito de la pareja (fuera de las relaciones entre madres e hijos durante la lactancia). Así, es lógico que en nuestra sociedad la confianza, la generosidad y el apoyo mutuo se vea tan restringido al mundo de la pareja y la familia.

SI TOT AIXÒ ÉS LA SEXUALITAT



Si todo eso es la sexualidad [Esta es nuestra pequeña idea de la sexualidad]

En una cultura monógama, por muy comunistas que seamos ideológicamente, a nivel emocional – debido a los efectos de la oxitocina – nuestra voluntad de igualitarismo dentro de la pareja nunca será comparable con la que sentimos fuera de la pareja (eso es así ya que no somos seres perfectamente racionales, nos guste o no, las emociones nos condicionan... ¡y mucho!). Para que la igualdad y la justicia sean posibles en una comunidad, es imprescindible un grado de confianza muy elevado y extendido entre todas las personas que forman parte. En una comunidad formada por núcleos sexuales exclusivos (parejas y familias monógamas), inevitablemente habrá una gran desigualdad en el grado de confianza, afecto y generosidad que se da hacia dentro y hacia fuera de cada núcleo. Estas desigualdades acaban traducéndose en desconfianzas y desigualdades sociales y económicas, generando un contexto donde cada núcleo tiende a mirar por su propio beneficio por encima

del resto.

Si por otro lado establecemos relaciones sexuales colectivas, todos los positivos efectos de la oxitocina en el fomento de la confianza serán extendidos a todas las relaciones de la colectividad, generando el contexto idóneo donde poder compartirlo todo entre todos (incluso la crianza, el trabajo y las tierras) sin celos ni miedo a la traición.

También hace falta tener presente el papel fundamental del sexo colectivo en la prevención y resolución de tensiones y conflictos, facilitando un ambiente distendido y afectivo, tal y como vemos en unos de nuestros hermanos evolutivos más próximos, los bonobos.

Si realmente queremos vivir en comunidades bien cohesionadas, que sean igualitaristas y cooperativistas, colectivizar nuestras sexualidades y nuestros afectos, es un punto inexcusable.

Muy bonita la teoría, ¿pero eso cómo se lleva a la práctica?

Recuerdo lo que me explicó Gégé cuando estaba de visita en una casa okupada por jóvenes *punkis* en Montpellier: se encontraba toda la gente reunida en la sala común de la casa cuando de pronto apareció una tía que dirigiéndose a todo el mundo proclamó en señal de convida: “*¡sexo en mi habitación!*” y la mayoría de la peña no se lo pensó dos veces a la hora de seguirla. También recuerdo el caso de unos jóvenes militantes de la Izquierda Independentista que en el marco de una acción por el derecho a la vivienda que consistía en acampar una noche debajo de un puente en plena mitad de Girona, acabó montándose una orgía en toda regla dentro de la tienda².

Estos son los dos únicos casos contemporáneos de sexo colectivo libre y gratuito que conozco. Los otros que conozco son tríos organizados por parejas sexualmente aburridas, orgías restringidas a bio-hombres o bien interviniendo la droga como desinhibidor, por lo cual no me parecen casi o no nada interesantes. Así que centrémonos en los primeros casos, ¿cómo hacemos para extenderlos y reproducirlos, ya conscientes de su potencial beneficioso?

El principal problema a la hora de plantear sexo colectivo es que siendo una nueva modalidad de interacción, no sabemos casi cómo comportarnos, nos

² *Nota de Traducción:* Nosotros conocemos algunos ejemplos más: el final en cuarto oscuro de unas jornadas feministas de contenido queer y antimonógamo organizadas por un grupo de afinidad anarquista en Aluche, Madrid, o la orgía que tuvo lugar en mitad de las jornadas Vegan Queer en Manzanares, Soria

ponemos muy nerviosas y así no hay forma de poder disfrutar. El inicio de cualquier nueva forma de interacción siempre resulta muy forzado y hasta que no llevamos un tiempo de rodaje no comenzamos a saber disfrutarlo. Eso mismo nos pasó cuando nos iniciamos en el sexo en pareja, pero con el tiempo y la práctica la mayoría hemos acabado naturalizando estas relaciones, y ahora nos resultan muy fluidas y naturales. Con las relaciones en pareja nos forzamos sin hacer aspavientos porque es lo que todo el mundo espera de nosotros y lo que recibe más reconocimiento social. En cambio es muy fácil encontrar gente que reniega del sexo colectivo porque dice que lo probó una vez y que no le acabó de gustar. Si todo el mundo que no ha disfrutado apasionadamente su primer *polvo* con otra persona hiciese lo mismo, seguramente no habría problemas de superpoblación en el mundo.

También es bien normal encontrar gente que pese a no haber probado nunca el sexo colectivo, lo repudia. Esto es un prejuicio muy grande y no es algo casual: es producto de nuestra cultura monógama. Por poder jugar y comparar el sexo colectivo con el sexo entre dos personas, antes tendríamos que haberlo normalizado plenamente – y hasta tal punto lo hemos normalizado, que dudo que sea tan fácil repudiarlo.



Así pues, plantear el sexo colectivo requiere de un proceso gradual de aprendizaje colectivo, que se traduce en crear espacios y contextos transicionales que nos faciliten ponernos en la escena. Comencemos por el espacio: las camas no funcionan, no cabemos en ellas y nos caemos por los lados, el ideal es hacerlo en el suelo, de manera que nos podamos relacionar horizontalmente y sin obstáculos en medio. El suelo tendría que ser lo más suave posible, blando y limpio posible. Los cojines son un *plus*. El otro factor

clave es la luz: yo recomienzo comenzar sin luz, especialmente entre gente conocida. Hacerlo a oscuras puede servir para ayudarnos a perder toda la vergüenza y “dejarnos ir” gracias al anonimato que nos brinda la oscuridad. Más adelante podremos ir incrementando el grado de luz.

Lo más complicado es crear el contacto idóneo, para que germine el sexo colectivo. De entrada hace falta reunir un grupo de personas, ¡lo que ya es suficientemente complicado entre el individualismo en que estamos inmersas, y la falta que hace que estemos predispuestas!

No suele funcionar quedar los martes a tal hora para hacer una SEsión de Sexo Colectivo (a partir de ahora, “sesc”³), la mayoría de la gente no está preparada para un cambio tan radical y repentino en su sexualidad. Es más aconsejable comenzar por las versiones más *light* del sexo colectivo: podemos plantear hacer una sesión de masajes o un “taller de sensaciones”. Una fórmula que a mí me ha funcionado es hacer la dinámica de la era glacial en plena oscuridad: cada cual es un animal diferente y se construye un nido con cojines o lo que encuentre. A partir de aquí una voz “en off” va narrando el transcurso del juego: cada animal se encuentra acurrucado en su nido hibernando durante la era glacial hasta que el hielo comienza a fundirse. Poco a poco los animales recuperan las consciencia y sus cuerpos van dejando de estar rígidos. Se reincorporan y salen fuera de sus nidos, donde contactan con otros animales. Se acercan los unos a los otros con curiosidad y cierta cautela, pero muy pronto se pierde el miedo. Después de tantos años de inacción están exultantes de poder volver a relacionarse con sus iguales... En este punto es muy habitual que los jugadores sobreactúen su papel de animal, convirtiendo el juego en un guirigay de ruidos zoológicos. Por eso aquí está bien que el narrador apunte que “no hace falta actuar como animales... ¡ya somos animales!” de manera que se abandona el juego infantil de “hacer el animal”, dando pie a la sensualidad y erotismo más característicamente humano. Hace falta decir que después de eso, muy pronto hubo que cortar la dinámica porque el ambiente se estaba calentando muchísimo, y como dinamizadora no me podía hacer responsable de todo lo que pudiese ocurrir si la cosa se descontrolaba demasiado. Para algunas fue un “corte de rollo”, pero todo el mundo convino en que como primera experiencia en el sexo colectivo fue más que positiva. Hace falta que seamos cautas, avanzando poco a poco y paso a paso.

³ “Cesk para los más fans del cantautor. - *NdT*: Se refiere a Cesk Freixes, cantautor catalán con temas de contenido independentista.

Trabajando los límites

La cuestión más importante a la hora de llevar el sexo colectivo a la práctica es el tema de los límites. Tenemos que aprender a comunicar nuestros límites y a respetar los de los demás. El primer paso es establecer un código de límites común: si me distancio de ti o te paro con las manos es claramente un NO (no quiero estar contigo o no me gusta eso que me haces; si no te hago nada es un “no me molesta lo que me haces (probablemente me gusta), puedes seguir”. Aun así no hemos de presuponer que todo el mundo sabe poner límites y que todo el mundo sabe respetarlos, así pues, tenemos que estar alerta y entender que estamos todas aprendiendo. Por eso es muy positivo después de una sesión hablar abiertamente sobre cómo nos hemos sentido, si hemos sentido traspasados nuestros límites y señalar cosas a mejorar.

En términos generales, a los hombres nos han educado para ser viriles, y la virilidad entiende poco de sensibilidad y respeto, así que nunca hemos aprendido a respetar los límites de la persona con la que nos relacionamos. Por el contrario, a las mujeres nos han educado para complacer a los hombres sin quejarse, así que no hemos aprendido a poner límites. Este es el problema con los límites: que unos no los respetan y las otras no los ponen. Los hombres ponen muy poca atención a las señales de “NO”, tan poca que en ocasiones necesitan un revés en la cara para captar el mensaje encriptado. A las mujeres nos cuesta poner los límites, comunicar de alguna manera que “eso que me haces aquí no me termina de gustar, de hecho, ¡me estás haciendo daño!” (Hay que tener en cuenta que la persona penetrada se halla más expuesta al dolor que quien penetra). No queremos atacar la autoestima de nadie, ni le queremos cortar el rollo, tampoco queremos quedar como una “calientapollas” y dejarlo a medias (sin correrse) y por todo eso y mucho más CALLAMOS y nos tragamos el dolor y todo lo que haga falta. No sólo eso, sino que para más inri, también fingimos el orgasmo mecánicamente, siguiendo el guión marcado por la industria pornográfica.

Con todo eso se entiende que las mujeres tengan muchas más reservas a la hora de participar en un senc, lo que no les pasa a los hombres, por el temor a que alguno sobrepase sus límites. Es lógico sentirse indefensa y muy vulnerable al situarse en un contexto afectivo-sexual totalmente nuevo, donde participa varia o mucha gente. Eso hace que se multipliquen las posibles situaciones y las variables son mucho más imprevisibles, agravando el sentimiento de inseguridad. Para aliviar este sentimiento es bueno recordar que en un contexto colectivo, la presión y control social es mucho más grande y, por tanto, más difícil que alguien sobrepase los límites de algún otro sin

riesgo a ser denunciado y neutralizado.



Ejemplo de cartel⁴ informativo de las reglas y límites necesarios para participar en un espacio de sexo colectivo que se adecuó durante unas jornadas de Repoblamiento Rural. El éxito del espacio fue nulo, demostrando que si no hay alguien dinamizando el espacio (como mínimo: convocando a los participantes a una hora concreta y generando alguna dinámica iniciatoria), la gente no se anima espontáneamente a participar⁵.

⁴ *NdT*: El cartel dice: Espacio **Erótico-Festivo** → no-pornográfico. / **IMPORTANTE**: - Respeta los límites de cada cual. · Cómo se marcan los límites: - Cuando alguien se aleja de ti es que **NO**. - Cuando alguien te aparta es que **NO**. - Cuando alguien dice no **ES NO**. - ¡¡Vete cuando te de la gana!! / **LO QUE VALE**: Caricias, masajes, erotismo, morbo, magreo, cosquillas, risas, sensualidad, etc... / **LO QUE NO VALE**: - Hablar, sexo pornográfico, sexo explícito / penetrativo. - Ir a saco (¡ve poco a poco y con respeto!)

⁵ *NdT*: En los casos que nosotrxs conocemos, no hizo falta la presencia de nadie dinamizando, sino que fue el calentamiento espontáneo de las personas allí presentes mediante juegos que fueron apareciendo. Nuestra experiencia precisamente nos ha llevado a la conclusión de que el elemento dinamizador puede crear pequeños y débiles espacios de sensualidad colectiva, pero nunca se llegue a los niveles de calentón, placer sexual y orgasmos que en los citados ejemplos (en todo momento sin caer en penetratocentrismo), precisamente porque tal elemento suele cortarlos rápido u obstaculizarlos fruto de la dependencia que crea para con la peña partícipe.

Un elemento básico para trabajar los límites es promover la confianza con tal de poder comunicarnos los límites de forma fluida y sin complejos. Se trata de conocernos más y mejor, ampliar la comunicación sobre lo que nos gusta y lo que no. Por eso es bueno hablarlo antes o después de cada sesc, donde podemos expresarnos más esmeradamente que en plena sesión. ¿Cuántas veces, al acabar un kiki, comentamos la jugada con la pareja, señalando los puntos álgidos y los puntos a mejorar? - “¡Hey! Has estado bien cuando me has chupado la oreja mientras me pellizcabas los pezones, ¡pero no me claves el dedo en el culo así de golpe y sin avisar!”. Sería muy positivo hablar abiertamente sobre cómo nos hemos sentido, si hemos sentido traspasados nuestros límites y hacer sugerencias para futuras ocasiones. Esta saludable comunicación que debería de ser algo más natural, resulta ser una extrema rareza debido a que habitualmente no nos tenemos la suficiente confianza para que se dé, inmersas en la actual tendencia a consumir sexo con gente acabada de conocer.

Es muy importante establecer previamente al sesc unos límites compartidos por todo el mundo. Un límite muy básico en los primeros sescos es prohibir las penetraciones (para muchas esta prohibición se puede ver como una auténtica represión y censura, pero para muchas otras puede significar la mínima seguridad para atreverse a participar). Con el tiempo se pueden ir ampliando estos límites, partiendo de una sexualidad más erótica y sensual – sin ni tan siquiera necesidad de quitarnos la ropa – y a partir de aquí ir subiendo de tono, de acuerdo con el ritmo de cada cual de los participantes.

Es bastante obvio, pero no está demás remarcar que los participantes han de poder sentirse libres de abandonar el sesc en cualquier momento.

La libido no tiene sexo

Se halla muy extendida la simple y sencilla idea de que en general todos los hombres estarían encantados de participar en un sesc mientras que las mujeres no tienen el más mínimo interés; o tal y como se conoce popularmente: “los tíos son unos salidos y las tías unas estrechas”. Esta idea viene de muy antiguo: una de las formas más efectivas de someter a las mujeres a sus maridos no elegidos (es decir, a la represión sexual monogámica) siempre ha sido negar su propio deseo sexual. De aquí viene toda la propaganda sobre el mito de la mujer pura y casta que tanto ha marcado hasta nuestros días la forma que tenemos las mujeres de sexualizarnos. Claro que con este “cuento” no ha habido suficiente para parar nuestra libido y por eso también ha hecho falta denigrarnos, castigarnos o ejecutarlos al más mínimo indicio de

comportamiento lujurioso incumpliendo el orden monográfico.

Con todo eso se entiende el rechazo de las mujeres a participar en un sésico fruto del temor a ser tildadas de “frescas” o a quedarnos solas en frente de un ejército de hombres sedientos de sexo. Así que por un lado nos hace falta hacer mucho trabajo para acabar con el popular esquema machista de “tío follador: triunfador / tía folladora: prostituta”, y por otro lado hacer entender que tanto hombres como mujeres podemos tener la misma capacidad de libido indistintamente de nuestro sexo.

¿Qué pasa con la gente fea?

Hay quien critica el sexo colectivo diciendo que “¿y qué pasa con los feos? Seguro que se quedan a un lado porque todo el mundo les rechaza”. Es curioso que ahora nos preocupemos por los feos, porque en la actual cultura de la monogamia, se encuentran excluidos sexualmente de una forma prácticamente absoluta, pero también les podemos ignorar de forma absoluta y por tanto, no nos preocupa casi el tema. Pero, claro, en el sexo colectivo seríamos demasiado conscientes de su exclusión, y eso nos haría sentirnos mal...

De la misma manera que no hay nadie que resulte atractivo para todo el mundo, nadie resulta repulsivo para todo el mundo. Todo el mundo tiene atributos atractivos y atributos no tan atractivos, tanto físicos como psíquicos. Lo que pasa es que en nuestra cultura hay unos sobrevalorados (especialmente los físicos concordantes con unos cánones de belleza estandarizados) y otros totalmente ignorados o menospreciados. En contraposición, el sexo colectivo es un espacio que invita a valorarlos todos y sin prejuicios de ningún tipo.

En nuestra sociedad, ser feo o gordo supone una auténtica opresión – totalmente invisibilizada como tal – que repercute en todos los ámbitos de nuestras vidas. El sexo colectivo quizás no es la solución a todas las injusticias que sufrimos la gente fea, pero al menos en el ámbito sexual, equilibra el privilegiado estatus de aquellos que ligan con el de aquellos que no ligamos tanto o nada.

Por mi experiencia y la de más personas que así me lo han transmitido, cuando nos encontramos en un grupo de gente con la que compartimos unas vivencias muy intensas – puede ser una pandilla de amigos muy unida, una comuna con muy buena convivencia, unos compañeros de clase con mucha afinidad, un colectivo político con mucha tenacidad... - se genera irremediabilmente un sentimiento de estima colectiva. Es amor a todo aquello que nos une, es la joya que nos hacen sentir las ricas relaciones que construimos entre todas. Cada cual brilla y se hace amar, no tanto por quién es

aisladamente o fuera del grupo (no importa si alguno es muy sabio, famoso, rico o guapo), sino por aquello que aporta al grupo (ya sea el humor, la sensatez, la alegría, la sensibilidad...). En un grupo así, nadie resulta repulsivo ni desdeñable, reina en él un sentimiento de afecto y camaradería donde los abrazos y las caricias se dan sin reserva. Partiendo de aquí y dando nada más que un pequeño estímulo para hacernos coincidir en un espacio y contexto lo suficientemente óptimos, es la fórmula idónea para que el sexo colectivo emerja espontáneamente.

Parece que la objeción más grande que se le puede hacer al sexo colectivo es el aumento del riesgo en el contagio de enfermedades de transmisión sexual, pero eso no tiene por qué ser así. Es cierto que hemos de estar más observantes, especialmente con gente nueva y desconocida y cuando tenemos mucha a nuestro alrededor. Por eso puede ser muy positivo crear un grupo de confianza entre los que ya conocemos los límites en las prácticas sexuales de riesgo a las que se expone cada cual⁶.

Pasar del sexo binario al colectivo requiere un cambio de chip muy importante: contrariamente al sexo normativo, en el sexo colectivo el intercambio entre dos partes al estilo “si yo te hago una felación, después espero que me la devuelvas” o “si tú te corres antes, tienes que continuar hasta que yo me corras”. En el sexo binario ponemos todo el peso de nuestra satisfacción sexual sobre nuestra pareja, ¡nos exigimos muchísimo mutuamente! Nos forzamos a llevar a cabo prácticas sexuales por complacer al otro – y a veces lo hacemos mutuamente, follando sin deseo, puramente por inercia socio-cultural.

Por contra, el sexo colectivo es una oportunidad para romper con la represiva y limitada rutina de nuestra sexualidad hetero-monógamo-patriarcal. Si el deseo es infinito, ¿por qué seguir limitándolo a una sola persona?

La idea del sexo colectivo es mucho más que una fantasía sexual muy común, es una poderosa arma que desmenuza la dominación y la propiedad privada.

⁶ Ponemos en cuestión la existencia de tales enfermedades de transmisión sexual y del concepto de enfermedad, prefiriendo referirnos, aun en caso de que existiesen, en prácticas verdaderamente de riesgo a nivel cotidiano, desde estrés laboral, mala alimentación y consumo de drogas, hasta contaminación, energía nuclear y asfíxia social, sin olvidar la siempre perniciosa labor de la Medicina Oficial. No por ello vemos mal que se tomen ciertas precauciones, tanto en el sexo como en la vida diaria, pues tal obsesión extendida socialmente de unir enfermedad y sexo es un problema que debe ser tajado cuanto antes.

Sin sexo comunitario, no hay comunismo que valga. Podemos colectivizar todas las tierras, pero si no colectivizamos nuestras sexualidades, la miseria y el privilegio seguirán siendo moneda común.

¡Viva el comunismo económico y sexual!
¡Muera el capitalismo y el patriarcado!

Nai Pai.
Alt Gaià⁷, Julio de 2012.

Este texto no es original ni definitivo, convido a todo el mundo a colaborar en su elaboración exponiendo críticas constructivas (señalando errores, carencias, ideas que no se entienden o generen confusión...) o bien aportando nuevas ideas con tal de mejorarlo, o hacer uno de nuevo y mucho mejor.

Nos puedes contactar aquí: difonlaidea@gmail.com

Eres libre de hacer todo lo que quieras con este texto, siempre y cuando no sea con ánimo de lucro.



Si el deseo es infinito... ¿para qué seguir limitándolo a una sola persona?

⁷ NdT: Comarca del norte de la provincia de Tarragona, en torno al río homónimo.